

INSPIRADO EN EL CLÁSICO DE
LA SIRENITA

Colección *Érase una vez...* Princesas Valientes

COLECCIÓN CON
+50.000
LECTORES

Rachel Bels

Diario de una
Ariel I
Sirena



Índice

[Prólogo](#)

[\(Capítulo 1\)](#)

[Capítulo 2](#)

[\(Capítulo 3\)](#)

[Capítulo 4](#)

[\(Capítulo 5\)](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[\(Capítulo 8\)](#)

[Capítulo 9](#)

[\(Capítulo 10\)](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[\(Capítulo 13\)](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[\(Capítulo 19\)](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[\(Capítulo 26\)](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[\(Capítulo 29\)](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[\(Capítulo 32\)](#)

[Capítulo 33](#)

[\(Capítulo 34\)](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[\(Capítulo 54\)](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Todos los libros de la autora](#)

El 10% de los beneficios irán destinados al proyecto Princesas Valientes

Título: *Diario de una sirena*

© 2017, [Rachel Bels](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ediciones](#)

De la composición de la cubierta: 2017, [Romeo Ediciones](#)

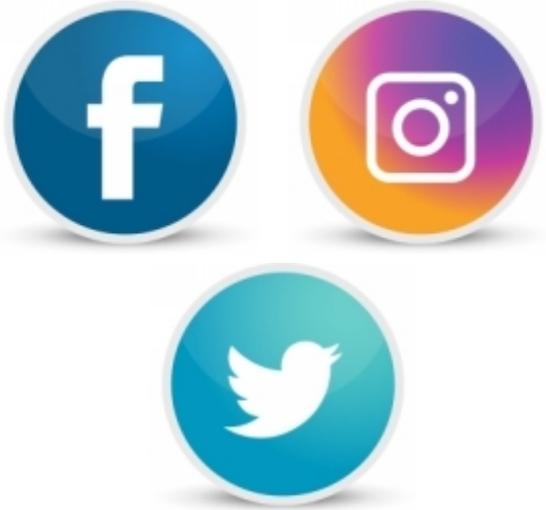
De la ilustración de la portada: 2017, Zsófia Mészáros (zsomeszi)

Última edición revisada: noviembre de 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Sígueme en mis redes y entérate primero que nadie de los sorteos, promociones, fechas de firmas y mucho más



*Para todas a las que nos han dicho: «No eres suficiente» y
nos lo hemos creído.
Esta historia es para vosotras.*

Si no me muestro nadie puede amarme.
En todo caso amarán mi disfraz, como tú dices, y eso no
me sirve.

Amarse con los ojos abiertos

JORGE BUCAY

Prólogo

Dos años antes...

Efectivamente, esa pareja que veis tumbados en esa cama, enredados entre estampados de flores silvestres somos nosotros. Y no, yo no he elegido las sábanas, que quede claro. Tampoco os dejéis despistar por las cajas de mudanza que hay alrededor y el desorden, no nos hemos ido a vivir juntos, pero quizá algún día...

¿Desde donde estáis vosotros parecemos una pareja feliz? ¡Esperad! Un momento... ¡Ya!, ahora sí. Podéis volver a mirar. Mi chica enseñaba demasiada piel, y si yo he tenido que esperar años para poder ver esos fragmentos escondidos bajo inservible tela, no vais a ser vosotros mejores que yo, ¡ni de puta coña vamos! Y digo lo de inservible, porque su bonita ropa interior ha quedado... pues eso, para limpiar llantas de coche. ¿Sabéis qué? Creo que prefiero no saber la respuesta a la pregunta. ¿Cómo que qué pregunta? Joder..., pues a la que os he hecho hace nada. ¡Dejad de intentar imaginar lo que hay bajo la sábana y estad más atentos! ¡Y las manos que yo las vea!, que aquí no estáis para pajaros. A lo que iba, en realidad prefiero no saber si parecemos una pareja feliz; admito que puede no esté preparado para conocer esa respuesta. Además, qué coño, me paso vuestra opinión por los mismi...

—¿Sebas?

Perdón, pero alguien solicita mi atención y parece que con ganas de repetir. Y no, no me refiero a mí, eso está más que cantado; la tengo dura desde que empecé a hablar con vosotros. ¡No penséis cosas raras joder! La causante es la preciosidad que ahora mismo está besándome ese rincón de mi cuello, entre el lóbulo y la clavícula que, no solo ha marcado como suyo hace apenas un rato, además ha conseguido que roce la puta locura. Si no fuera por el punzante dolor de cabeza que tengo clavado en la frente de todo el alcohol que nos hemos pimplado, esta noche hubiese sido simplemente perfecta. Sí, de ahí las dos botellas de Jägermeister que asoman bajo la cama, las latas de cerveza desperdigadas por el suelo de madera y bueno, si echáis un vistazo en el baño (saliendo del dormitorio a la izquierda) sobre el plato de ducha, encontraréis una de tequila. Mejor no preguntéis...

Jamás pensé que vería este día, pero aquí estamos, enredados entre sábanas que huelen a ella, como mi cuerpo, después de haberle

hecho el amor dos veces: una contra los azulejos del baño y otra aquí, en la cama.

Intuyo que aún le dura la borrachera, a mí también. Bien es cierto, que el mareo que siento puede que se deba más a la emoción del momento, sabedor de que, aunque sea solo por esta noche, ella es solo mía. No sé si me conformaré solo con eso, pero por ahora, me basta.

Con un gemido que acompaña una caricia de su mano sobre mi pecho, me coloco encima de ella con sus piernas rodeando mi cintura, paralizado. Contemplando cómo la tenue luz de la luna que entra a través de la ventana baña su belleza, esa que desprende sin saberlo, esa que insiste en denigrar constantemente. Y no dejo de preguntarme ¿por qué demonios no es capaz de ver lo mismo que yo?

Desciendo por su cuerpo, redescubriendo un camino distinto al que exploré la primera vez que me permitió hacerlo, entusiasmado por conocer otros nuevos lugares, pero sin saltar mi nuevo favorito: el delicioso vértice de sus piernas.

Mi nuevo puto paraíso.

He omitido la escena erótica que acaba de suceder aquí, como deduzco entenderéis, prefiero reservármela para mí.

Esta vez sí que duerme profundamente, no creo que nada sea capaz de despertarla hasta mañana. Y yo, que empiezo a ser consciente de la clase de gilipollas en que ella me ha convertido y, para dejar clara constancia de ello, recojo su mano, la que descansa en mi estómago, con sumo cuidado de no despertarla y la coloco sobre mi corazón. ¿Por qué hago esto? Porque si algo no lo retiene va a escapar de su lugar y bueno, ahora es literal que mi corazón está en sus manos.

No tengo sueño, pero decido dormirme, solo por el placer que me produce el poder hacerlo a su lado.

(Capítulo 1)

La visita de mi padre del domingo (cada mes y medio, dos meses) era de las mejores cosas que me podían pasar cuando era pequeña. Y no es que me llevara a hacer algo realmente emocionante; aunque cualquier cosa fuera de la cotidianeidad en una niña de mi edad, era algo digno de guardar en esa caja de «Entrañables recuerdos de la infancia». Apenas me viene ahora a la mente una vez que me llevó a la feria en carnavales, y porque nos hicieron una foto (de las pocas que aún conservo), porque si no, sé que mi mente, que es de lo más selectiva, ya se habría encargado de borrar ese instante. En otra ocasión, el lugar elegido fue un circo; una de esas veces que estábamos de visita en Tenerife en casa de mi tía Clara. Y en la última que recuerdo como salida más especial (o digna de guardar en esa diminuta caja de recuerdos) fue la única vez que estuvimos juntos en una playa. Me compró unos cubos y unas palas y me dejó jugando bajo el sol hasta bien entrado el medio día en pleno verano en Fuerteventura. Volví a casa con una insolación; una alegría para mi madre.

Esos fueron todos los ratos compartidos con papá en toda mi infancia que salieran un poco de la normalidad. ¿Qué cuál era la normalidad? La visita habitual consistía en llevarme a un bar a cinco minutos de casa en coche, pedirse un whisky y sentarse a ver el partido de turno que retransmitían en la pequeña tele del maloliente bar mientras que yo, me «entretenía» con lo que mi padre me traía de regalo: cuadernos para pintar (los días buenos), o soporíferos cuadernos de ejercicios tipo Rubio (los días de mierda). Esos eran los peores, nunca se me han dado bien los nú-

meros. Y para colmo de males, papá terminaba enfadándose conmigo ante mi nula capacidad para resolver los dichos problemas. De ahí que yo me deshiciera en lágrimas por sentirme terriblemente inútil. Imaginad lo que era para una niña de seis años que no veía a su padre más que cuatro veces al año que, lo único que conseguía era hacerle enfadar el día que lograba que fuese a verla.

Y todo esto hablo de los días en los que aparecía, porque luego estaban aquellos en los que llamaba diciendo que iba a venir y no lo hacía. Yo me pasaba todo el domingo raspándome las rodillas con el mimbre de una vieja silla que acercaba a la ventana de la habitación de mi madre esperando verle aparecer; durante todo el día, hasta que se ponía el sol. Aún recuerdo a mamá preguntándome con la palma de la mano sobre el pecho; deduzco que tratando de ocultar los pedazos quebrados de su corazón:

—¿Qué haces, cariño?

—Esperando a papá —respondía con la alegre ingenuidad de aquellos años.

Mamá disimulaba las lágrimas a duras penas, pero los pedazos de su alma rota no eran algo que pudiera ocultar con tanta facilidad, sus ojos castaños no engañaban siquiera a aquella niña ingenua. Aunque es cierto que, para ese entonces, comenzaba a construir mi propia idea de cómo era un padre, o lo que es lo mismo: la figura de un hombre. Me atrevería a decir incluso, que ahí fue donde se plantaron las primeras semillas de mi «problema». Pero vamos, que ya tengo más que asumido que, pase lo que pase, va a estar conmigo para siempre, demasiado enraizado como para poder hacer algo al respecto a estas alturas de la vida. Por ello es considerado una enfermedad, crónica en muchos de los casos.

Volviendo a lo que concierne, debo decir que no todo era malo en lo referente a papá. Por ejemplo, guardo un bonito recuerdo de mi séptimo cumpleaños y de la imagen de él bailando sobre su imponente metro noventa junto a

mis diminutas amigas. También me viene ahora a la mente sus canciones y trabalenguas que tanto me hacían reír, y los dibujos caricaturescos que me hacía en ocasiones en ásperas servilletas de bar.

Igualmente, papá se fue hace ya dos años y lo hizo sin perder las buenas costumbres: me dejó esperando como cuando era niña en la ventana, hasta que no me quedó más remedio que asumir que no volvería a buscarme.

Así que esta es la clase de cosas que guardo en esa desvencijada caja que, a diferencia de la de los bonitos recuerdos, esta se presenta oxidada, mohosa y rancia. He tratado de deshacerme de ella en más de una ocasión, pero para mi desgracia no es como tirar de la cadena, este es un mojón del tamaño de un meteorito. No es algo que puedas tomarte a la ligera ya que siempre termina saliendo a flote. Y precisamente esa es la razón de que esté aquí, recuperando cada recuerdo allí escondido, cada trauma oculto, cada momento olvidado; desgranando de cada uno de ellos de qué manera me han afectado, descifrando y poniendo nombre a cada jodido sentimiento. Enfrentándome a todo lo que no he sido capaz en estos veintiocho años de vida. De eso se trata esta nueva terapia, la cual debería haber empezado hace tiempo, exactamente cuando finalicé mi última sesión con la doctora Marín y de eso hace ya varios meses. Pero yo no he hecho más que postergar y postergar...

Y este tan solo es un adelanto de toda mi historia: un tráiler por así decirlo. Es por ello que siento esta inquietud removerse en mi interior plenamente consciente de que esta nueva terapia va a ser dura; por algo todo ese sufrimiento quedó relegado en una caja. No obstante, es lo que toca si pretendo superar algún día esta mierda, ¿no? Así que... empecemos ese diario, ¡abramos la maldita caja de Pandora!

Capítulo 2



—¡Buenos días!, ¿cómo está la sirena más bonita de la isla?

—Cansada —respondo dejándome caer sobre la oscura arena volcánica situándome entre mi tabla y mi viejo amigo.

Y lo de viejo es literal. Bueno, tampoco es que sea un anciano, pero tiene sus buenos años. La verdad es que nunca le he preguntado la edad, por eso de la educación..., puede que ¿sesenta y cinco?

—¿Os fue bien en Las Palmas? —Y aunque lo pregunta, lo cierto es que suena como si lo estuviera afirmando con esa seguridad que tanto le caracteriza. Como siempre dice: «Sabe más el diablo por viejo, que por diablo». Y el Gaviota, que es como insiste que le llame y como ya he mencionado hace un instante, tiene edad para conocer con certeza muchas verdades que solo se comprenden con el paso de los años.

—Tuvimos una buena acogida. De hecho, vino más gente que la última vez, aunque ya sabes que aquí nos quieren más. —Me levanto las gafas de sol y le guiño un ojo—. La cosa fue que después del concierto terminamos en casa de uno de los tantos amigos de Sebas, ya sabes...

—Con él siempre tienes el *tenderete*^[1] asegurado, *mi niña*.

—No lo dudes, nos dieron las tantas de la mañana y estuvimos incluso, a punto de perder el barco de vuelta.

Me he pasado todo el domingo dormitando cual oso en hibernación.

El Gaviota me mira con esa entrañable sonrisa que siempre logra ponerme de buen humor. No sé cómo lo consigue, pero estar con él hace que me sienta en casa; aunque ni siquiera yo sepa con certeza cuál es el lugar que me corresponde en este mundo. No sabría decir si porque justo cuando le conocí estaba pasando una de esas temporadas de mierda. Una de tantas. Si por cada recaída, alguien hubiese comprado mi primera maqueta, ahora sería más famosa que Britney, Madonna y Lady Gaga juntas.

Se hace el silencio, entre nosotros quiero decir, como banda sonora tenemos el ruido del oleaje que hoy, por cierto, esta algo picado y ruidoso. La razón es que el Gaviota ha dejado de mirarme para centrarse en lo que le hace venir aquí cada día antes de que salga el sol, y no es que yo le vea llegar cada mañana, simplemente está. Sentado en su silla plegable a rayas multicolor, aunque ya descolorida por los años bajo el sol y el salitre, y siempre con la mirada perdida en el majestuoso horizonte marino. Lo primero que hago yo todas las mañanas es sentarme un rato junto a él para hacerle compañía. Miento, es él quien me la hace. Muchas de esas veces ni hablamos, tan solo permanecemos en silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos. Aunque siendo completamente honesta... no suelo durar mucho esos días de reflexión silenciosa; suficiente tengo con aguantarme el resto del día, como para detenerme a escuchar lo que sea que tenga que decir Úrsula. ¡Ah!, ¿qué quién es Úrsula? Tranquilos, no creo que tarde en hacer acto de presencia, pronto la conoceréis. La cuestión es que esas jornadas de reflexión me invitan a lanzarme más temprano al agua, abandonando al Gaviota con su riquísima e interesantísima vida interior. Lamento decir que, de esa yo, no tengo mucha. Aun así, disfruto de su compañía, a pesar de que sea la única que lo haga, cosa que nunca he llegado a entender, dicho sea de paso. Una vez se lo co-

menté a Eduardo y me miró como si estuviera chiflada; quizá lo esté, tampoco pondría en duda esa posibilidad... Habrá que preguntarle a Úrsula a ver qué opina al respecto.

—¿Qué pasa, Ariel?, ¿se te han pegado las sábanas esta mañana?

Levanto la vista y me encuentro con tres pares de ojos puestos en mí: unos masculinos rasgados y oscuros, pero siempre rebosantes de claridad; otros más vivaces de un precioso azul azabache y, por último; unos preciosos de color avellana que esperan con impaciencia mi respuesta.

—Me temo que sí. No he dormido nada en todo el fin de semana.

—¡Es verdad, el concierto! —exclama Sonia (la de mirada azul cálido) apoyada en su tabla de surf—. ¿Cómo fue?, ¿os trataron bien los *canariones*?

—Nos trataron bien sí, mejor de lo que esperábamos. ¿Ya os vais? —pregunto comprobando la hora en mi móvil. Y sí, efectivamente es bastante tarde.

—Tenemos que abrir la escuela —responde Rayco.

Rayco y Eduardo tienen una escuela de surf aquí en Punta del Hidalgo. Sonia, que es la pareja de Rayco (ojos avellana) trabaja también con ellos.

—Así que me dejáis sola —arguyo haciendo un mohín.

—Tranquila, que te quedas bien acompañada —añade Rayco. Y no se me escapa el tono despectivo con el que lo hace.

Miro al agua buscando la razón de ese desprecio y no tardo en dar con ella. Bueno, más bien con él. Además de los gemelos Lucas y Álvaro subidos a sus *buggys*, un desconocido surfista logra llamar mi atención, principalmente porque aquí nos conocemos todos. Esta es una playa de difícil acceso y poco visitada por turistas, no es fácil dar con ella y el recorrido no es precisamente un paseo por los jardines de palacio. Hay que atravesar un viejo hotel abandonado e ir a pie por un camino de tierra, piedras y zonas con